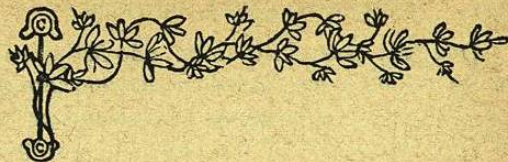


ha vivido largo tiempo en el campo; se ve que es hombre político; se ve que ha sido artillero; se ve que ha guerreado; se ve que es poeta; se ve que se ha criado en buenos pañales; se ve que ha leído mucho; se ve que frecuenta casas principales; se ve que filosofa en el Ateneo; se ve, en fin, que conoce el mundo por sí mismo y no de oídas.

En resumen: este libro, más que una obra artística, determinada y concreta, es una especie de exposición de todas las aptitudes literarias del Sr. Navarrete; algo por el estilo de la cartera en que los pintores van reuniendo sus bocetos y ensayos en cada género; una colección de muestras de su ingenio privilegiado, que lo acreditan á mis ojos de inspirado poeta, elocuente prosista, observador muy sagaz y habilísimo narrador, calidades todas que darán de sí un novelista de primer orden el día que se resigne á tratar cualquier asunto adecuado para el caso, y á someterse un poco á las por él muy conocidas reglas del arte.



REGRESO DE ZORRILLA Á ESPAÑA

EN 1866

CARTA AL DIRECTOR DE «EL MUSEO UNIVERSAL»

DIEZ y ocho años han transcurrido desde que nuestro gran Zorrilla abandonó el suelo de España.—¡Diez y ocho años! ¡Toda una vida! ¡Casi la edad que contaba el inspirado vate el día que conquistó el primer laurel sobre la tumba de Figaro!—Ello es que cuando la generación literaria que hoy milita empezó á percibir, estremecida de entusiasmo, los mágicos sonos de aquel arpa que sonaba al modo del laúd de los antiguos trovadores y de nuestros épicos romanceros, ya el poeta de la fe y de la caballería, de la cruz y del islamismo, de *Maria* y de *Granada*, no vivía entre nosotros, sino que cruzaba el Océano para ir á perderse, como huésped de la apartada y espaciosa América, en un limbo que no era la muerte ni la vida, y que tenía algo de una anticipada posteridad.

Que esta posteridad le ha sido fiel y cariñosa; que no le ha olvidado ni desconocido un solo momento, á pesar de lo efímera que es la fama en los turbados y mudables tiempos que corremos, dígalo el afán con que todos hemos seguido el lejano resplandor del astro que alumbraba otro hemisferio, con que hemos contado los años de su ausencia, con que hemos recogido los últimos acordes del plectro de oro del vate peregrino, y conservádole en constante actualidad su puesto de honor á la cabeza de nuestros poetas, como suelen en los ejércitos llamar y considerar *presente* al héroe que fué baja, pero á quien se juzga irremplazable.

Durante este tiempo han muerto muchos hombres ilustres, maestros ó camaradas del poeta ausente; han aparecido otros genios, justamente reputados en el mundo de las letras; han pasado y han surgido escuelas literarias; se han operado cambios radicales en la sociedad española; la crítica ha mudado una y otra vez sus dogmas y sus sacerdotes; ha variado esencialmente el gusto del público, y el público mismo ha trocado su naturaleza al asociarse nuevos elementos, antes inertes; y, sin embargo, todos y todo, poetas y lectores, generaciones y escuelas, han reservado *la parte del león* en la popularidad y la gloria, en la admiración y el respeto, á aquel que, distante

y mudo, no requería ya con su lira aplausos á la fama.

Es decir, que Zorrilla ha alcanzado, vivo, y joven todavía, la solemne y desapasionada veneración que sólo se tributa á los que traspasaron los umbrales de la muerte, y hoy se nos presenta como si fuera monumento viviente de su propia gloria, al cual podemos rendir, con eficaces agasajos, que hermoseen y halaguen el último tercio de la existencia mortal del hombre, aquel tributo de gratitud nacional ó patriótica ufanía que ordinariamente es, por lo tardío, una estéril é irrisoria justicia, ya que no una penitencia de la posteridad avergonzada.

No es de este momento, ni entra en mi propósito, analizar detenidamente la razón de la constante boga y durable popularidad de tan celebrado poeta.

Baste decir que, nacido á la vida pública en lo más recio de la batalla entre clásicos y románticos, mantúvose á igual distancia de la exageración de ambas escuelas, prefiriendo á las atildadas y rigurosas formas de los unos y á la febril anarquía de los otros, combinar lo bueno de los dos gustos en provecho de lo que fué, es y será siempre el verdadero gusto español en artes y literatura. Zorrilla no invocó nunca las muertas divinidades paganas, fingiéndose sacerdote de la falsedad notoria y acomodo

dando servilmente sus espontáneas concepciones al pie forzado ó al molde frío de una regla establecida en los modelos griegos y romanos. Pero tampoco afectó un descreimiento escandaloso cuanto ajeno de la sociedad española: tampoco desdeñó, como ideales muertos, las glorias de nuestros mayores, el amor de la patria, la esperanza en otra vida, la religión del Crucificado y el santo temor de Dios. No, no fué romántico desesperado, iconoclasta, ateo, como no había querido ser adorador de Júpiter ni ministrante de Apolo. Fué español, fué cristiano, fué el poeta caballeresco, el trovador legendario, el continuador del *Roman-cero*, el cantor propio de esta nuestra raza ibérica, en la cual lo céltico y lo árabe neutralizan, vencen y borran, en el carácter y en la imaginación, todo lo que conservan de helénico y latino las instituciones y la lengua. Fué español, como lo había sido Calderón, el gran poeta del siglo de oro de los neogriegos franceses, y como Lope y Góngora, quienes, si alguna vez vistieron sus conceptos con las usadas ropas del paganismo, se hallan tan distantes de Corneille y de Racine como la mística de la escultura, como Murillo y Zurbarán de las academias romanas de hoy. Fué español, en fin (como lo habían sido todos nuestros grandes poetas, exceptuando á Garciláso y sus secuaces, imitadores de los clásicos italianos),

ya escribiera el romance tradicional que constituye el poema continuo de nuestra patria, ya se perdiera en sutiles razonamientos teológicos, ya se nos presentase lujoso, soñador y pintoresco á la manera de los *místicos* orientales y africanos, de quienes aprendió ó heredó la regalada música de sus voluptuosas cántigas.

Natural era, por tanto, que el pueblo lo acogiese y adoptase como su genuino intérprete, como su cantor favorito, y que retuviera sus versos en la memoria y su nombre en el corazón al través del tiempo y á pesar de una absoluta ausencia. Natural es asimismo lo que hoy sucede y lo que yo espero que aún sucederá, y que constituye, por decirlo así, el *argumento* de esta mi pobre y desaliñada carta.

Hace algunos días todos los periódicos de Madrid publicaron cuatro renglones, dando la noticia de que Zorrilla había pisado el suelo de la patria. El suceso era tan interesante y fausto, que bastaba anunciarlo en términos sencillos para que apareciese con toda su importancia. No: no lo han achicado afortunadamente las vulgares y gastadas fórmulas de elogio y regocijo de que hemos abusado todos hasta la saciedad en cualquier ocasión y á cualquier propósito. La hipérbole, insípida ya por lo prodigada en nuestro país, no ha rebajado á la categoría común de las solemnidades literarias el

hecho de que Zorrilla reaparezca en España después de tantos años de ausencia. Pero no basta. Después de la emoción y el respeto, nos urge á todos significarle nuestra admiración y nuestro entusiasmo; y ésta es, Sr. Director, la razón de las presentes líneas, que le ruego á V. inserte en su apreciable semanario.

Con placer he sabido que se prepara V. á publicar en EL MUSEO el retrato, la biografía y alguna composición del inmortal autor de *El Zapatero y el Rey*, y, al felicitar á V. por tan noble idea, creo ser intérprete de los sentimientos de nuestros escritores invitándolos á una reunión en que se excogite algún medio por el cual la gran familia literaria de la corte salude al inmortal poeta en su regreso á España, ya sea dirigiéndole un expresivo mensaje á Barcelona, donde ha desembarcado, ya sea disponiéndole una afectuosa acogida para cuando venga á Madrid. Cualquiera de estas demostraciones no haría más que preceder dignamente á las que son de esperar de corporaciones y poderes aquí constituídos, y que no pueden manifestarse indiferentes en esta cuestión de orgullo patrio, ni dejarse aventajar en ella por la liberalidad de algún soberano extranjero.

Y ahora, para concluir, permítame V. que apunte el especial motivo porque tomo en este caso una iniciativa para la que me faltan títulos y merecimientos.

Cúpome, hace tres años, la triste, dolorosísima honra de ver morir en mis brazos y de cerrar piadosamente los ojos al insigne poeta que presentó á Zorrilla en la arena literaria; que lo apadrinó en su bautismo de gloria; que escribió el prólogo de la primera edición de sus versos; que vivió con él; que lo amó fraternal, si no paternalmente; que me transmitió, en fin, con la sabrosa historia de aquella ternísima amistad, el cariño que él profesaba al que hoy no lo encontrará en el mundo de los vivos. Don Nicomedes Pastor Díaz, en cuya casa fueron escritas y á quien están dedicadas muchas composiciones de Zorrilla, instituyóme y nombróme, así como á otros dos amigos, su albacea literario. Yo sé el ansia desesperada con que el cantor de *la Luna*, durante su agnía de muchos años, deseaba la vuelta de su amigo: yo sé la apasionada acogida que éste hubiera encontrado hoy en aquel sensible y nobilísimo corazón, cuyo último latido sentí apagarse bajo mi mano: yo creo cumplir hasta con un deber de conciencia transmitiendo aquí al ilustre vate que torna al teatro de su juventud y de sus triunfos, el legado de aquella amistad, sólo interrumpida por la muerte.

P. A. DE ALARCÓN.

5 Agosto 1866.